

La UP como utopía del pasado (A 43 años del Golpe de Estado)

*Pablo Aravena Núñez**

“La Unidad Popular fue una gran y bella utopía”. Parece ser ésta una verdad de izquierda. Genera el asentimiento automático del compañero o la compañera que escucha. No sólo concordamos, sino que el rango utópico infunde en nosotros una especie de orgullo. Nos reconocemos en esta utopía del pasado, hallamos ahí nuestro fundamento, y encontramos en ella tanta dignidad, tanta nobleza y heroísmo que quisiéramos conservarla intacta, “literal” (no sería raro que ya alguien fuera pensando postular a la UP como “patrimonio cultural intangible”).

Hay tal magnitud de sentido del dolor dependiente de la integridad de la Unidad Popular –y de Allende– que se nos hace imposible tan siquiera preguntarnos por cuanto de ella es todavía hoy reivindicable, qué de lo propuesto sería hoy posible, en fin, plantearnos si acaso no pudiera ser más bien ya una “utopía pasada”. Al contrario, parece ser que es más fácil en la cultura de izquierda generar analogías –por cierto anacrónicas– entre el momento presente y el pasado para concluir que es necesario algo muy parecido a la UP. Nos es muy difícil preguntarnos si la necesitamos aún, o al menos si la necesitamos tal cual. Sería cosa de volver a mirar “las cuarenta medidas” para persuadirse de la necesidad de retomar el “proyecto interrumpido”: “Supresión de los sueldos fabulosos”, “Honestidad administrativa”, “Jubilaciones justas, no millonarias”, “Derecho al descanso”, “Previsión para todos”, “Asistencia médica y sin burocracia”, “Medicina gratuita en los hospitales”, “No más estafa en los precios de los remedios”, “No más amarras con el Fondo Monetario Internacional”, etc.

La actitud conmemorativa, con su carga sentimental –y no poco “contrabando moral”– muchas veces obstaculiza la revisión crítica y ofrece el pasado conmemorado como lugar de peregrinación. Es difícil interrumpir esta

* Licenciado en Historia y Magíster en Filosofía por la Universidad de Valparaíso. Doctor (c) en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Profesor Adjunto del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. e-mail: pablo.aravena@uv.cl

dinámica del recuerdo de las víctimas sin correr el riesgo de ser insensible al dolor, o de interrumpir el duelo, pero tan o más insensible sería no abrir un espacio para examinar las claves dominantes de rememoración y descuidar la pregunta sobre el futuro de las izquierdas. Si hubo quienes murieron por un futuro que no pudieron ver, la tarea de desbloquear el horizonte histórico para tan siquiera pensar el futuro, es la mejor manera de hacer justicia. Me parece que la fidelidad al objeto perdido no nos deja ver claro y se va constituyendo más bien en un obstáculo para pensar la política incluso tal como se pensaba en ese pasado invocado: el día a día de la UP no era precisamente el de utopía, sino el de la estrategia, las alianzas coyunturales y no pocas veces las conjuras y las concesiones transitorias. Todo eso hoy nos asquea puesto al servicio del beneficio privado, y preferimos el refugio ético de la utopía del pasado, o de los principios. Una reacción comprensible, pero que pasada por el filtro de la melancolía tiene efectos paralizantes. De la fidelidad utópica y los principios no se deriva la acción política, sino “gestos”. Vivimos un tiempo “débil” en que el proyecto o la ideología han sido reemplazados por “la sensibilidad” de izquierda. La acción es al proyecto, como el gesto a la sensibilidad. Lo que digo es que la fidelidad a un objeto perdido, que finalmente nosotros mismo hemos ido construyendo como lugar a salvo de los males presentes, nos ha capturado. Ya no es claro tampoco hasta donde llega el duelo o si estamos en medio de un alargue inducido de éste.

Lo que me propongo plantear aquí es que es justamente esta aparente evidencia rotunda, esta especie de consenso de izquierda sobre la UP como utopía del pasado, la que nos debe alarmar. El acuerdo sobre el pasado es algo en extremo atípico, y más aún si lo es sobre una experiencia como la Unidad Popular, un proyecto tan lleno de fisuras internas y luchas intestinas. Si es válido el principio según el cual hay una primacía del presente en la articulación de la memoria y que cada sujeto recuerda en tanto proyecta, debiéramos tener tantos recuerdos de la UP como proyectos sociales hoy. Entonces ¿por qué la coincidencia acerca de la cualidad utópica de la UP? El consenso sobre la UP o es expresión de un proyecto social unificado, que no se ve por ninguna parte, o de su inexistencia y de la de cualquier otro tipo de proyecto en pugna. Desde luego

diferencias de opinión acerca de “por qué fuimos derrotados” subsisten, pero por ello mismo no son sino huellas de proyectos pasados, al interior mismo de la UP. Al final de esas discusiones, y a la sombra de nuestros muertos y torturados, entendemos que debemos darnos la mano e inclinarnos ante la dignidad del proyecto de la Unidad Popular.

Pero ese carácter sacro —ésta en mi propuesta— solo se puede postular desde el presente: la UP solo puede ser una utopía del pasado, lo que tiene que ver no únicamente, como lo he propuesto, con el sentido de las muertes y víctimas, sino, como luego lo argumentaré, con la “no disponibilidad” hoy del futuro. En su propio momento ¿era tan evidente como hoy que la UP era un proyecto utópico? Estoy seguro que si iniciáramos un diálogo franco, y privado, entre actores de aquel proyecto, o revisamos documentos de época, no llegaríamos a tal conclusión. ¿Cómo entender entonces las siguientes palabras de Allende —dichas aquí mismo en Valparaíso— en enero de 1971? Hablando sobre las contradicciones del proceso de reforma agraria sostenía:

“Todos estos son hechos que el pueblo tiene que entender para que pueda ayudar en el proceso de los cambios, en función de realidades y no en función de utopías”.¹

No es un desliz, no es la única vez que Allende señaló la disposición utópica como un lastre en política. Y no es que sufriera el repliegue conservador de quien ha llegado ya al poder, entre otros motivos porque llegó a la presidencia, pero no es tan seguro que al poder.

Immanuel Wallerstein, al inicio de su *Utopística*, sostiene:

“Las utopías cumplen funciones religiosas y a veces también son mecanismos de movilización política. Pero políticamente tienden a fracasar, ya que son generadoras de ilusiones y —cosa inevitable— de desilusiones. Las utopías

¹ Allende, Salvador, “En la inauguración de las jornadas de discusión popular”, 11 de enero de 1971, Aula Magna de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile de Valparaíso, en: *Allende. Su pensamiento político*, Santiago: Quimantú, 1972, p. 62.

pueden usarse —y se han usado— como justificaciones de terribles yerros. Lo último que necesitamos son más visiones utópicas”.²

A la hora de hacer política la utopía es un mito que ya no presta tan buenos servicios, la utopía es un excelente aglutinador de voluntades en la medida que reenvía a un futuro lejano, a unos fines últimos y elevados con los que, justamente por lejanos y elevados, coincidimos fácilmente. Lo sublime de esos contenidos es proporcional a su lejanía, y la adhesión a ellos suele ser total en tanto el futuro lejano nos garantiza el no hacernos cargo de ellos en lo inmediato. Pero la política tiene que ver con el tiempo corto, ya no con los sueños, sino con los planos.³ Siempre será menos noble, pero también más real y más exigente. No exige fe sino racionalidad práctica y no poca intuición y conocimiento de los móviles humanos.

Pero existe también otro tipo de disposición utópica, más propiamente moderna, la que podemos designar como “radicalismo utópico”. Esta no supone el “más allá” de la utopía, sino su cercanía, supone la “aceleración del tiempo” —y la Revolución como instrumento propio— para aproximar su llegada. Propia de esta es la violencia y también la derrota. De manera que tenemos al menos dos disposiciones utópicas: una —fuertemente ética— cuyo centro de gravedad está en el futuro lejano y, otra —revolucionaria— que persigue, vía aceleración del tiempo, la realización inmediata de los altos fines. Ambas comparten, no obstante, una característica: su falta de atención al presente, en definitiva el abandono, cuando no el desprecio, del espacio de la política. Es —creo— con estas dos disposiciones que tuvo que lidiar Allende, las que sin duda están entre las causas del fracaso de la UP.

La conflictiva relación que tuvo Allende con dichas disposiciones ha quedado plasmada en sus discursos, no solo con la cita arriba señalada, sino

² Wallerstein, Immanuel, *Utopística. O las opciones históricas del siglo XXI*, Madrid: Siglo XXI editores, 1998, p. 14.

³ Aludimos a la figura utilizada por Marshal Berman “metamorfosar los sueños en planos”. Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México: Siglo Veintiuno Editores, 1998, p. 86.

también en sus insistentes llamados a la unidad de acción y al respeto de los acuerdos dentro de la UP. En su discurso del 1 de mayo de 1971 decía:

“El compañero Víctor Díaz dijo: ‘compañero Allende, échele para adelante’. Yo le voy a echar para adelante, no le voy a poner el pie al freno, camaradas. Pero que lo sepan de una vez por todas, sobre todo los militantes de la Unidad Popular: aquí hay un gobierno y un Presidente [...] he puesto este ejemplo porque si cada cual toma el camino que se le ocurra, aquí se va a producir el caos, compañeros, y eso es lo que ellos quieren”.⁴

En el mismo discurso hay otra mención en apariencia anecdótica: Allende exponía con preocupación los niveles de ausentismo laboral injustificado, a partir de un estudio de dos empresas fiscales encargadas al Contralor General de la República. Los compañeros trabajadores, sin duda comprometidos con su propia emancipación futura, no estaban respondiendo en el día a día del proyecto de la UP. Frente a esto la respuesta de Allende no deja de ser llamativa vista hoy: promueve la “toma de conciencia” de los trabajadores. Habla de “agricultores concientizados”, de “profesionales con conciencia social”, cerraba aquel discurso señalando: “sobre todo, deben tener conciencia de su responsabilidad los campesinos y los obreros”.⁵ Y antes, en aquel pronunciado en Valparaíso decía sobre los obreros del cobre: “su trabajo, indiscutiblemente, estará estimulado y alentado por la conciencia de ser él un obrero del cobre y un obrero del futuro de la patria distinta”.

Si uno sitúa en su contexto todas estas invocaciones, logramos ver que *la conciencia* es entendida aquí como la capacidad de situarse en medio de unas condiciones bien concretas de lucha que plantean el límite de “lo posible ahora” para un avance gradual lleno de incertidumbres. A partir de inicios de 1971 va apareciendo en los discursos de Allende el término “batalla de la producción”, como una fórmula para sobrellevar la inflación, la cesantía, y la falta de divisas por el bloqueo de nuevos préstamos extranjeros. Por ello, en palabras de Allende: “la

⁴ Allende, Salvador, “Primer mensaje a los trabajadores de Chile”, 1 de mayo de 1971, concentración realizada en Plaza Bulnes de Santiago de Chile. *Op. Cit.* p. 104.

⁵ *Op. Cit.* p. 106.

responsabilidad está en los trabajadores”. No es mera inercia de la cultura de izquierda el recurso retórico al sujeto del trabajo como agente histórico protagónico, sino que “en verdad” la UP dependía cada vez de la capacidad de producción de trabajadores comprometidos. Medidas como el derecho al descanso y el turismo popular son también medidas para el refuerzo de la producción, toda vez que no se trata del “derecho a la pereza” (parafraseando a Paul Lafarge), sino al descanso como fase necesaria para el desempeño eficiente en la batalla de la producción.

Cuando Allende habla de cambios en función de “realidades” y no de “utopías” lo que trata de decir es que la utopía, en medio de la lucha cotidiana, desordena, disgrega: sus fines son tan inalcanzables y tan nobles que toda acción siempre aparecerá como desviada o como abdicación de la causa y, en consecuencia deberá ser sobrepasada por sujetos más fieles. En este sentido podemos decir que si bien la UP inicialmente se alimentó de la disposición utópica, esta fue su principal obstáculo a la hora de avanzar en su proyecto. La acción política, que es la respuesta a un desafío particular e inmediato, suponía la unidad para una acumulación de un poder que lograra equiparar el de los enemigos, y esos, lo sabemos con toda claridad ahora, eran sujetos muy potentes.

¿Por qué entonces las memorias ceden ante el recuerdo de la UP como una “gran y bella utopía”? Aquí la respuesta habría que buscarla en los estímulos que recibe el sujeto que hoy recuerda. Agotar esta caracterización no es algo que esté en nuestras capacidades, ni este es el espacio para hacerlo, pero me referiré a lo que estimo más importante.

Dicho muy abruptamente: ya no disponemos de la idea de futuro. O al menos este ya no es lo que era: un campo en donde se podía extender la racionalidad para realizar lo que aún faltaba para la realización plena de nuestra humanidad. Lo que digo es que el planteamiento ha perdido verosimilitud. En primer lugar el “corto” siglo XX se ha ofrecido a este respecto como fuente de refutaciones: el sueño de la razón produjo monstruos, esto en lo que refiere tanto a catástrofes políticas como a la capacidad científico-tecnológica de manejo de la naturaleza. Pero la crisis de la idea de futuro, en lo grueso, no solo descansa en la

desconfianza de la potencia humana, sino que se afianza en el descarte del dominio racional de lo real, pero ahora ya no solo por las perversiones de la razón, sino porque en el mejor de los casos un proyecto bien intencionado es más probable que resulte frustrado o absolutamente transformado producto de la extrema complejidad de lo real. Pareciera ser que la tesis de la aleatoriedad e inestabilidad de los mercados, que hacen imprevisible cualquier crisis, se ha extendido también a la política. Como se verá en estas condiciones no se puede proyectar nada. Como lo ha planteado François Hartog nos entregamos a un “régimen de historicidad presentista”. Con una salvedad que me gustaría agregar: pareciera ser que tal entrega al destino y a la aleatoriedad es una actitud más bien de un “sujeto débil”. Las potencias o las grandes corporaciones consignan acciones que duran años para proyectos de siglo y medio. Al parecer el futuro no se ha obturado de igual manera para todos.

Pero podemos comenzar a entender que, en general, nuestra relación con la utopía sea nostálgica. Sin embargo es la relación de unas generaciones “de transición” que, por decirlo de alguna manera, aún portan energías utópicas o expectativas futuristas en un tiempo en que el futuro se nos ha clausurado. Es probable que al cabo de un par de generaciones más ya nadie extrañe el futuro. Mientras tanto necesitamos reconducir nuestras energías utópicas: una opción es el pasado, otra suele ser “lo otro”, es decir las culturas que suponemos al margen del influjo de occidente.

Pero hacer de la UP una utopía del pasado está lejos de ser una operación inocua, pues no se agota en el giro compensatorio, sino que implica también suprimir su carácter político, lo que equivale a borrar su especificidad en una operación anacrónica inducida por dicha recanalización de las energías utópicas. Pero también se disciplina el recuerdo, se suaviza el contenido programático de la UP como una quimera de gente bien intencionada pero equivocada. Luego no extrañe que la designación de la UP como utopía –“mera utopía”– sea aceptada sin problema, y con gesto concesivo, por la derecha.